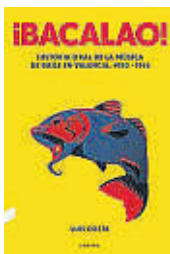


Escenario|s

Hace no menos de veinte años la llamada ruta del bakalao, por las pistas de baile valencianas, dio mucho que hablar. Un libro recoge ahora su historia dando voz a algunos de sus protagonistas

Historias del bakalao



Luis Costa
¡Bacalao!
Historia oral de la música de baile en Valencia, 1980-1995

CONTRA EDICIONES
367 PÁG., 19,90 €

IGNASI MOYA

Pocos fenómenos lúdico-culturales acabaron tan denostados y con tanta mala fama como la llamada ruta del bakalao, aquella concentración de discotecas y música de baile en Valencia y alrededores que durante unos quince años –entre 1980 y 1995– atrajo a miles y miles de seguidores a sus fiestas. Cierta es que corrió por allí bastante sustancia estupefaciente –las míticas *mescalinas*, sobre todo– y que el periplo de discoteca en discoteca podía, en sus momentos álgidos, prolongarse durante todo el fin de semana sin interrupción (si hacía falta, se cocinaba una paella en el parking de la discoteca, para que el cuerpo aguante). Pero no parece justo que la historia de aquellos días deba resumirse únicamente en sus aspectos más polémicos. Para muchos, hubo allí algo más que drogas y desenfreno. Y ahora, con un poco de la perspectiva que otorga el tiempo, el periodista barcelonés –y

abierto de miras (de oídos) y en el que se daban cita desde las corrientes más comerciales a las más vanguardistas del momento: del pop guitarrero al punk, siniestros, nuevos románticos, electrónica... Un cóctel de modernidad musical importada por un puñado de fanáticos de espíritu emprendedor (eso ahora tan de moda) que difundían su credo desde las cabinas de los disc-jockeys (prehistóricas, comparadas con las de hoy en día), tiendas de discos y programas de radio. Así, en aquellas salas de baile, de Barraca a Chocolate o Spook (por citar al trío más emblemático de sus inicios) podían convertirse en *hit* canciones de un grupo vanguardista como The Residents (*Kaw-Liga*) o sonar temas a priori tan poco disqueteos como el pop melódico de *Tinseltown in the rain*, de los Blue Nile, o incluso el piano minimalista de Wim Mertens con *Maximizing the audience*. Ese empuje de unas cuantas per-

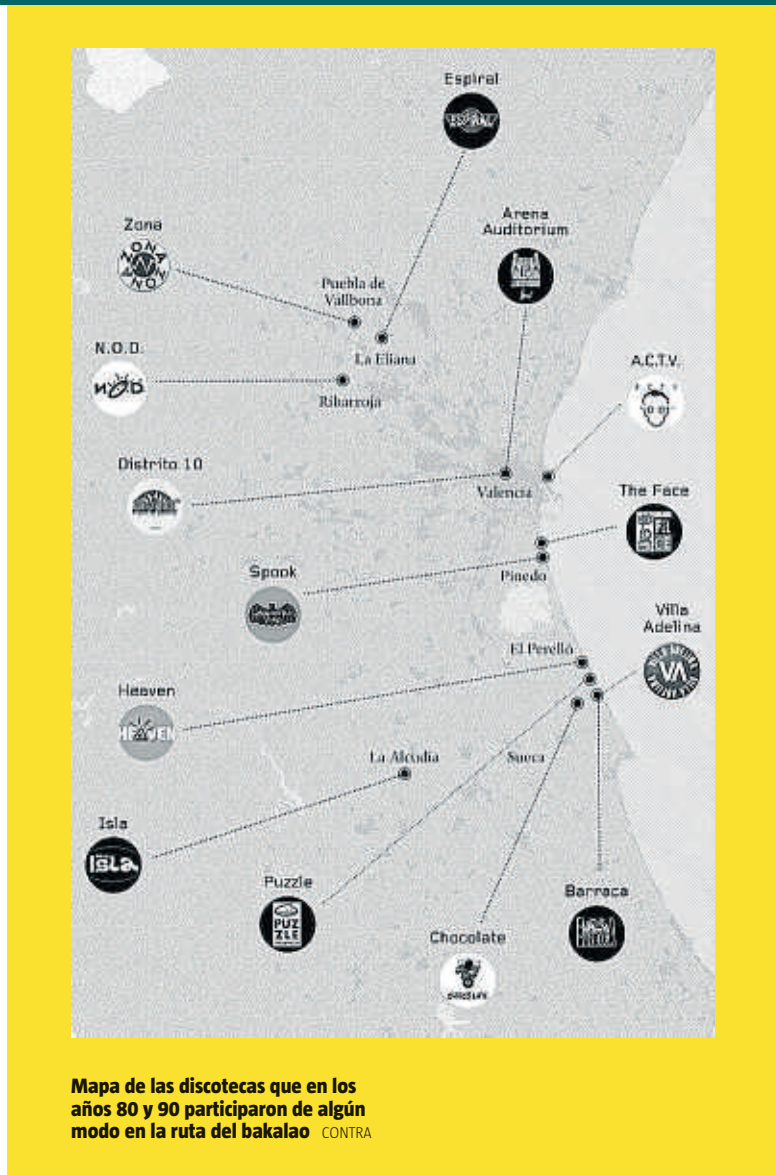
En años de incipiente democracia, se citaron en unas pocas discotecas ansias de libertad y permisividad

también disc-jockey– Luis Costa ha explorado esa historia y la cuenta en las páginas de *¡Bacalao!*

Algo que intentan desmentir la mayoría de los protagonistas de aquellos días que han narrado su versión de los hechos para el libro –disc-jockeys, promotores de conciertos, directores de discotecas...– es que aquella movida valenciana fuera únicamente una fiesta maquinera, es decir, de esa música que prioriza el ritmo de chunda-chunda, muchos beats por minuto (bpm), mucho volumen y poca sustancia musical. Por contra, reivindican un fenómeno

los dj al habla

Luis Costa presenta su libro como una crónica oral, es decir, que ha dado la voz a los protagonistas a través de numerosas entrevistas y su labor ha consistido en transcribir y estructurar un relato –inteligible– con las respuestas. La crónica oral parece ser un recurso eficiente para contar historias de los movimientos musicales más o menos recientes; prueba de ello son por ejemplo *Pequeño Circo. Historia oral del Indie en España* (Nando Cruz, Contra Editorial, 2015), *Todo el mundo adora nuestra ciudad. Una historia oral del grunge* (Mark Yarm, Es Pop, 2015), *From a whisper to a scream. Una historia oral de la música soul* (David Mo-



Mapa de las discotecas que en los años 80 y 90 participaron de algún modo en la ruta del bakalao CONTRA



Luis Costa CONTRA

reu, 66 RPM, 2014), *Por favor, má-tame. La historia oral del punk* (McCain y McNail, Libros Crudos, 2011), o *Omega*, la historia del disco homónimo de Enrique Morante por Bruno Galindo (Lengua de Trapo, 2011).

sonas encontró respuesta en miles de jóvenes con ganas de fiesta en un momento histórico –posfranquismo, primeros años de la democracia– en el que las ansias de libertad y la permisividad se conjugaron para hacerlo posible. Como todo fenómeno, el *bakalao* es hijo de su tiempo: tan definitivos fueron seguramente los inputs musicales que llegaban del exterior como la falta de normativa sobre horarios de cierre de los locales nocturnos o la ausencia de legislación sobre las drogas sintéticas. Y es hijo también de un lugar específico. A favor de Valencia jugó seguramente el estar fuera de los focos que iluminaban todo cuanto se cocía en Madrid o Barcelona. Y precisamente cuando el fenómeno empezó a llamar la atención de los focos –los medios– empezó a gestarse el final de la historia. Si los años ochenta vieron el apogeo, en los noventa, una deriva musical ahora sí más *maquinera*, la llegada del éxtasis y las ambiciones económicas de algunos, derivaron en presión policial y mediática sobre horarios y consumo de drogas; y se inició el declive. De algún modo, la expresión “morir de éxito” es perfectamente aplicable. De éxito y tal vez de precocidad,



Carlos Simó, disc-jockey de Barraca entre 1980-86. A la derecha, Distrito10, en Valencia ciudad, una de las discotecas más grandes de la época

CONTRA



movida o ruta

En 1984, Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid, pronunció aquella famosa frase: “¡Rockeros: el que no esté colocado, que se coloquen!”. En Valencia, no tuvieron ningún alcalde tan *enrollado*, más bien todo lo contrario: los poderes públicos, sobre todo cuando aquella movida levantina se hizo más popular, se dedicaron a perseguir cualquier tipo de *colocón*. Sea como fuere, la movida madrileña triunfó y la levantina se extinguió con más pena que gloria, estigmatizada en los medios de comunicación como meca de fiesteros adictos a estupefacientes varios y sin ninguna pátina cultural.

adelantándose a fenómenos posteriores como la fiebre acid house ibicenca o el *Madchester sound*. Ciertamente, la movida valenciana, con *bakalao* o sin él, fue algo mucho más underground que otros fenómenos similares y/o coetáneos. Y en su propia esencia estuvo también su fecha de caducidad.

Luis Costa ofrece en su libro una crónica bastante pormenorizada de todo ello y, cediendo la voz a los protagonistas, evita juicios y valoraciones. Del conjunto emerge una historia necesaria (apenas hay bibliografía sobre el tema) y los retratos de unos personajes entre los que hubo también episodios de celos en una época en la que los disc-jockeys no eran todavía las estrellas en las que hoy se han convertido. A su favor, en cualquier caso, no mostrarse excesivamente nostálgicos de aquellos años de *bakalao*. O *bacalao*. |

Bayo, novelista

Chimo Bayo fue uno de los nombres más populares –y polémicos– del llamado sonido Valencia, ya en los años noventa. El maxi de la canción *Así me gusta a mí* (1991, compuesta por Germán Bou e interpretada por Bayo) vendió más de un millón de ejemplares. A pesar de ello, el disc-jockey valenciano no ha querido participar con su testimonio en el libro de Costa. Sí ha dado, en cambio, su versión de la ruta del *bakalao* en forma de novela con el título *No iba a salir y me lié*, coescrito con la periodista Emma Zafón y publicado recientemente por Roca Editorial.



Arriba, a la izquierda, el dj Alfredo Fiorito en 1988. A la derecha, de arriba abajo: Barraca en sus inicios; exterior de ACTV; y el dj Fran Leaners (derecha) en la tienda de discos Zic Zac de Valencia

CONTRA